LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PÁGINA/12
7 DE FEBRERO DE 2003
AÑO 5 N° 252

T.A.T.U., ADOLESCENTES, POP, RUSAS Y LESBIANAS
LAS FAMILIAS QUE SE EXILIAN EN ISRAEL
EL VERTICE FEMENINO DEL PERIFERICO DE OBJETOS



SOL DE NOCHE

LA GUARDERIA NOCTURNA PARA LOS HIJOS DE CARTONEROS

JARDIN de CARTON

En José León Suárez, desde donde parte el Tren Blanco de los cartoneros cada tarde, funciona una guardería nocturna para los hijos de quienes trabajan rescatando entre los desechos lo que se pueda reciclar. Es un proyecto pensado para evitar el trabajo infantil que los chicos cumplen cuando acompañan a los padres, aunque detrás de él se puedan contar otras historias. Historias de miserias que no se encuentran en la basura.

POR MARTA DILLON

Faltan quince minutos para la medianoche. La hora de las brujas parece empujar a los que se apuran por el callejón de mejorado, cincuenta metros más allá del pavimento de la Avenida Central, en José León Suárez, a la entrada del barrio La Cárcova. Vienen empujando las carretas, o carritos, o como se pueda llamar a esa armazón de hierro con ruedas, más o menos convencional, que sirve para cargar los kilos de cartón o papel que se arrastran desde la Capital Federal. Es una larga caravana que se mueve lento, como penitentes, pagando con el calor y el sudor vaya a saber qué falta. La de haber nacido en el lugar equivocado, tal vez. Los faros de la avenida los iluminan desde atrás, los convierten en figuras negras que recuperan sus contornos, sus rasgos, todo eso que distingue a cada uno, cuando llegan a la puerta de un inmenso tinglado de portones celestes y personajes de cuento dibujados sobre la chapa. "Ahí empiezan a llegar", se dice desde dentro cuando la luz lechosa de los tubos fluorescentes que alumbran el galpón devuelve su rostro a las personas que guían las carretas.

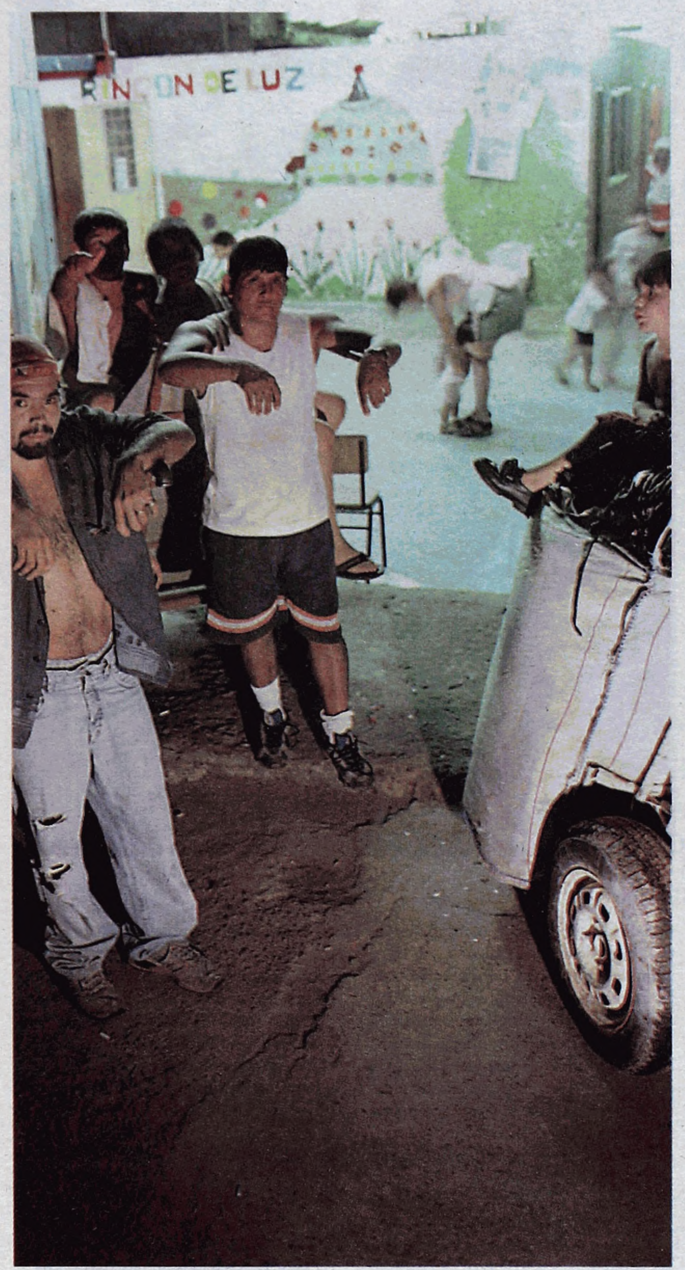
–La Jeny y el Emilio –dice una mamá parada frente al cerco de sillitas enanas que marca el límite entre el adentro y el afuera de la guardería. Y los nombres hacen eco en otras bocas hasta que la Jeny y el Emilio salen, besan a la maestra, se cuelgan de la remera de la madre y se montan en la carreta que ella empuja hasta que el mejorado se convierte en camino de tierra y se angosta, como el resto de las vías que surcan la villa.

Faltan diez minutos para la medianoche. Eso es lo que desconcierta en esta escena común: una mamá que va a buscar a sus hijos menores a la guardería cuando termina su jornada laboral. Sin embargo es tan de noche que causa extrañeza, como si se descubriera un celular apareciendo del bolsillo de una levita, en una foto de época. No hay de qué sorprenderse. Si se trabaja de noche, es bueno que exista un lugar en dónde dejar a los chicos. Son más de 25 mil las personas que cartonean a la hora en que otros duermen, lo extraño es que este galpón pintado con motivos infantiles y convertido en comedor sea el único abierto a la hora en que es necesario.

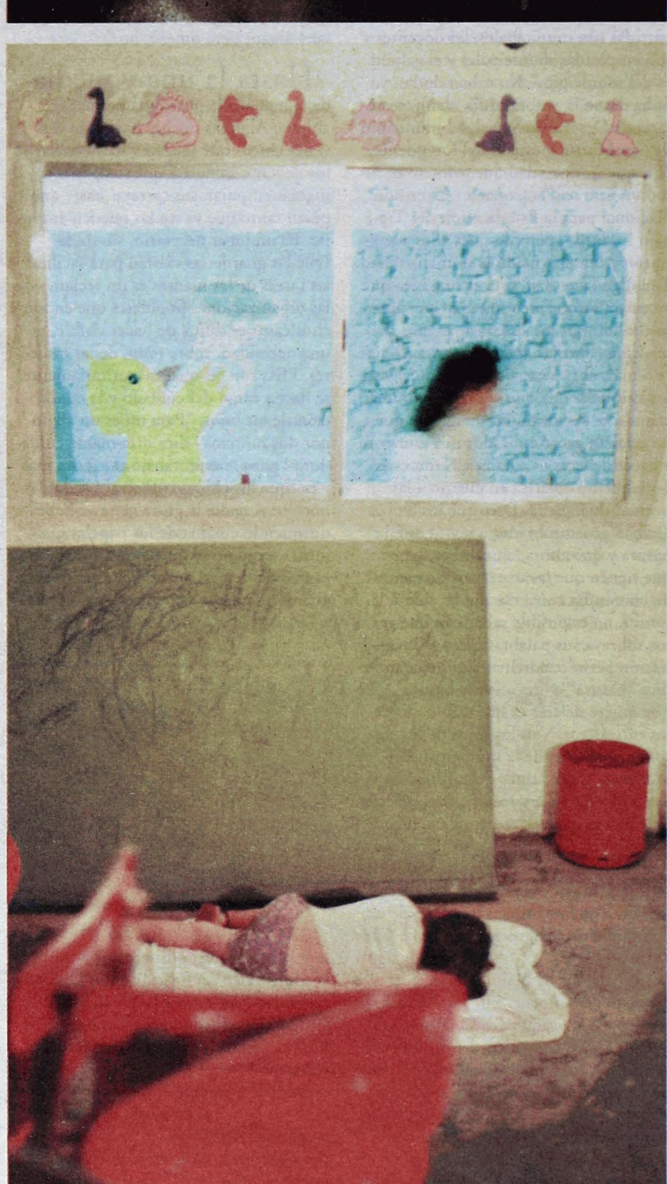
La medianoche ya pasó. El último tren blanco sale de Retiro más o menos a esa hora, doce, doce y cuarto. En la guardería lo saben las maestras y los chicos que siguen dibujando febrilmente con sus crayones de colores, se hacen bromas por escrito, anotando globitos que salen de la boca de los animales que podrían colorear. Y esperan. A la una de la mañana, minutos más, minutos menos, los pasarán a buscar. Y ni siquiera entonces habrá llegado la hora de dormir. Falta descargar las carretas, ordenar los bultos, revisar lo que se ha cirujeado más allá del papel y el cartón. Los chicos no se caen de sueño, sólo los bebes se rinden. Porque para ellos el descanso es un intervalo intermitente que no tiene nada que ver con el día, ni con la noche.

"A veces tenés suerte y los supermercados te sacan un montón de mercadería. La otra vez dejaron una caja entera de gaseosas ¡porque tenían la etiqueta sucia!". Malena tiene diez años, y cuenta del oficio de cartonear como una experta. Y la verdad es que lo es. Hace dos que sale con su mamá en la misma procesión de vecinos que cada tarde marcha hasta la estación del tren blanco en busca del cartón cada vez más esquivo. Porque cada vez son más los que rastrillan las veredas de Buenos Aires husmeando entre los residuos para salvar del descarte lo que les pueda servir y porque "desde que los diarios y las revistas publicaron los precios del papel, los porteros quieren venderlo por su cuenta y algunos te juntan cajas pero después te las quieren cobrar, ¡veinticinco centavos te piden algunos!", se queja una mujer vestida con una pechera blanca que la identifica como mamá cuidadora. Ella también cartoneaba, hasta que el proyecto de la guardería, inaugurada en junio del año pasado, la convocó para trabajar por el Plan Jefas y Jefes de Hogar. "Nos dieron un curso de seis meses y empezamos. Nos enseñaron cómo cuidar a los chicos. No es lo mismo cuidar a los tuyos que a los ajenos, por eso tuve que aprender a pesar de que tengo seis propios". Las "mamás cuidadoras" cambian los pañales de los chiquitos y colaboran con las tres docentes de la guardería que mantienen una rutina rigurosa, igual que si todo sucediera cuando comienza la tarde. "Todo está programado: una hora de cuentos, otra de deporte, después la cena, descanso, música, y en la última hora, dibujo". ¿No es demasiado para una guardería que empieza su turno cuando otras cierran? "El turno es largo, es cierto, pero los chicos necesitan estímulo, igual que los grandes. Nosotras los escuchamos, por ahí no podemos hacer nada, pero ya darles un abrazo, un beso, eso es importante para que no se sientan discriminados." Raquel Bustamante dice que la contención es la parte más importante de su trabajo, que los cartoneros necesitan acciones que "los devuelvan a la sociedad". Habla de sus vecinos, ella vive enfrente de la guardería y fue por su impulso que el galpón se transformó en lo que es: "Esto estuvo cerrado muchos años, con un cartel que decía que aquí se iba a instalar un centro de salud. Pero como nunca lo hicieron le sugerí a la municipalidad que abriéramos un comedor". Raquel es la coordinadora de la guardería y del comedor Rincón de Luz que funciona durante el día en el mismo lugar. Hace veinticinco años que vive en el barrio, pero cuando se le pregunta cuánto ha cambiado, cuánto se nota entre esas casas precarias el peso de la crisis, no quiere contestar: "Esa es una pregunta muy política y yo en política no me quiero

FOTOS ALFREDO SRUR











meter. De eso no voy a hablar". En una de las mesitas bajas donde se desparraman los crayones un niño dibuja un pájaro que mira al piso, de su pico largo, como de cigüeña, sale un globito. Dentro, una pregunta: ¿qué está pasando acá?

"Esto es municipal, las partidas son municipales, las docentes son empleadas municipales y el galpón es del municipio." No caben dudas, ya lo ha dicho la señora Lidia Naim, secretaria de Desarrollo Social del municipio de San Martín y esposa del intendente. "Porque sí, es verdad que primero se firmó un acta con la Conaeti –Comisión Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil–, pero después ellos se borraron y bueno, quedó la municipalidad. Y te digo la verdad, esta es una idea que yo tuve. Porque creo que hay que jugarse a fondo por los chicos de menos de seis años, los más grandecitos, ya de siete o más, ahí el trabajo es distinto. Pero los chiquitos hay que ver cómo cambian cuando se los estimula. Imaginate que no estaban acostumbrados ni a comer ni a hacer deberes ni a nada". Naim es especialmente enfática en cuanto a las normas de higiene. Dice que los chicos estaban acostumbrados a vivir entre la basura y que ahora, en cambio, saben que tienen que lavarse las manos antes de comer. La conversación ha sido telefónica, no es posible saber con qué gestos subraya sus palabras, pero la imaginación permite adivinar alguno cuando dice "basura" o "revolver la basura". –Lo que quiero aclarar es que esto no es de los cartoneros. Van los hijos de los cartoneros, pero es de la municipalidad –termina Naim, antes de autorizar la visita a la guardería y recomendar especial cuidado ya que en la zona, dice, hay gente joven delinquiendo–. "Tuvimos que hacer un pacto con los padres de los chicos para poder instalar la guardería, debido a que está ubicada al lado de un asentamiento peligroso como es La Cárcova."

Las palabras de Naim enrarecen el aire húmedo de la noche. Ella no está cuando se hace la visita, pero su presencia es palpable. "Yo cumplo órdenes", se excusa Raquel. Aun antes de saludar ha pedido a las visitas que se identifiquen presentando su credencial. El miedo la hace transpirar. Teme que las fotos la comprometan, que algo de lo que diga no caiga bien a los oídos de sus jefes. "Ellos son los dueños, yo no puedo hacer nada, a mí me dicen lo que se puede hacer y lo que no y yo cumplo. ¿Qué hago si me sacan de acá?" Ella también quiere que quede claro que esta obra no es de los cartoneros, ni de las asambleas populares de Colegiales y Palermo que han acercado donaciones. "Todos se quieren meter y no puede ser así. Porque la guardería tiene cosas, tiene la comida, todo lo que nos da la municipalidad. Ahora andan diciendo que yo no quiero recibir dinero. ¡Pero es que no puedo! Si quieren dar algo que compren cosas y las traigan, pero dinero, no."

Hasta la una y media

de la mañana la guardería permanece abierta. Algunas noches hay hasta noventa chicos que juegan y hasta hacen los deberes, mientras que sus papás o mamás empujan sus carretas hasta que pesan tanto que ya no las pueden empujar. Es un lugar necesario, sin duda. Que las guarderías existan para facilitar las tareas de las madres es un reclamo de las organizaciones populares que en muchos casos es difícil de hacer visible, es una necesidad, sobre todo, de las mujeres. Ellas son las que, mayoritariamente, se hacen cargo del cuidado y la educación de los hijos. "Para mí es un alivio por dos motivos –dice otra mamá cuidadora– porque este trabajo me gusta más y porque los chicos comen acá todas las noches. A nadie le gusta ver a su bebé durmiendo encima de los papeles que juntás, pero no te queda otra." Por eso es que desde que se abrió el espacio de la guardería muchos cartoneros, y especialmente cartoneras, quisieron aportar para convertirla en un lugar propio. Los bancos de madera sobre los que descansan las mamás cuidadoras los han hecho los mismos padres y hubo quienes empezaron a movilizarse para conseguir juegos didácticos o colchonetas o lo que pudiera servir para que las horas de la noche pasen más rápido. ¿Cuál es la necesidad de aclarar todo el tiempo quién es el dueño del proyecto? La historia de la guardería nocturna, entonces, se transforma. Se habla de ella como si fuera una manzana que unos cuantos niños disputan para poder quedar bien después con la maestra. Los que están con los coordinadores de la guardería están en contra de los que dialogan con las asambleas populares, los que están con las asambleas populares dejan de ser cartoneros; se juntan con la clase media.

Un niño camina forzando su cuerpo hasta convertirlo en una ese, hace el gesto de quien fuma exageradamente y da unos cuantos pasos en puntas de pie. Está imitando a una de las delegadas cartoneras de la zona, a quien su padre ha elegido como blanco y sobre ella dispara. Que quiere que todo sea de ella, que hace política, que es zurda. Ella hace más de diez años que conoce el oficio de separar de la basura lo que se puede reciclar, "sí, a ella la respetábamos, pero cuando vivía Don Cacho, con él era distinto". Perdido el sostén del varón, la delegada perdió también autoridad. El que habla también es delegado cartonero, se llama Ariel, fue chofer de colectivos hasta hace cuatro años. Con el correr de los meses supo que tendría que conseguir su propio carro para acompañar a los vecinos en la larga marcha de todas las noches. El no hace política, dice, pero no ahorra ninguna palabra que pueda servir para señalar a los otros.

Ha pasado una hora desde la medianoche. Los portones de la guardería tapan la garganta de luz que se volcaba sobre la calle. Todavía quedan algunos chicos que ya empiezan a cabecear sobre las mesitas. Sus mamás tienen que terminar con el trabajo que les toca, baldear el piso del galpón, ordenar las sillas para el otro día. Desde la avenida se escucha un rumor de motores que asusta. Las carretas cargadas de cartón que quedaron en medio de la calle se acomodan con la velocidad del pánico donde debería estar la vereda y sólo hay tierra. Los patrulleros pasan a velocidad de autopista. Pasan y pasan, son más de ocho, además de unos cuantos autos sin identificación y un camión para traslado de detenidos. Este es un lugar peligroso, lo aseguró la secretaria de Desarrollo Social. Los cartoneros que se habían demorado conversando en la puerta de la guardería se preocupan por los hijos adolescentes. "¿Tenés documentos?", le pregunta el padre a uno de los chicos y él se tantea la ropa en busca de algún bolsillo. Raquel Bustamante vuelve a preguntar qué es lo que se va a escribir sobre ella. Quiere que las cosas queden claras, que ellos ayudan a los cartoneros. Los cartoneros reciben ayuda y contención y abrazos para que no se sientan discriminados. Pero no organizaron esto, no lo hacen por sí mismos. En el barrio Independencia, separado de La Cárcova por las vías del tren blanco, se ha prometido abrir otra guardería. Faltan trámites burocráticos nada más, que los bomberos cedan el predio. Pero no a los cartoneros, que quede claro, a la municipalidad.

Que las guarderías existan para facilitar las tareas de las madres es un reclamo de las organizaciones populares que en muchos casos es difícil de hacer visible, es una necesidad, sobre todo, de las mujeres. Ellas son las que, mayoritariamente, se hacen cargo del cuidado y la educación de los hijos.

OPINION

Turismo Revolú

POR MABEL BELLUCCI*

A partir de la revuelta plebeya del 19 y 20 de diciembre de 2001, Buenos Aires y Rosario, básicamente, concentran la atención de exploradores extranjeros: son turistas con conciencia social, investigadores, académicos, periodistas o estudiantes de doctorados. Algunos caen como paracaidistas y otros vienen con la posta bajo el brazo.

Aunque son menos, también aparecen los que esconden la ilusión de toparse con el conflicto in situ a la salida de sus albergues como si fuese una performance y formase parte de la bienvenida.

En sus libretitas anotan absolutamente todo y tratan de pasar inadvertidos en el campo abordado.

Al escucharlos, da la sensación de que todo es nuevo, que presencian acontecimientos únicos e irrepetibles. Es posible que una visión romántica los cruza en su búsqueda a no resignarse con lo propio que les suena acomodaticio a la bonanza económica; cooptable por el sistema o demasiado contractualista. Ansían encontrarse con paradigmas de la retórica de la Ilustración en adelante que fueron aplastados por la revolución poskeynesiana y que ahora florecen en tierras ajenas por las prácticas y el accionar de los movimientos sociales alternativos y antisistémicos. En tanto que buena parte de la población porteña, aunque sea por un instante, quisiera ocupar ese otro lugar de ser un ciudadano de primera si dispone de la nacionalidad de sus ancestros inmigrantes.

Por diferentes razones, América latina vuelve a ser ese territorio soñado, prometedor del cambio al que no pudo comprometerse definitivamente la socialdemocracia y los partidos comunistas europeos, su estudiantado o su sindicalismo clasista. Antes eran Fidel Castro, El Che, Salvador Allende o la Revolución Sandinista y ahora es el Ejército de Liberación Zapatista; el Foro Social Mundial de Porto Alegre; las rebeliones argentinas; el triunfo de Lula o la embestida contra Chávez.

Nuestro país ya atravesó momentos aventurosos de gloria en clave de resistencia popular romántica: el peronismo montonero, la lucha contra la dictadura militar, la insurgencia del movimiento de Madres de Plaza de Mayo. Más tarde quedó diluida en el anonimato al ser una integrante más del proceso de transición democrática que se llevaría a cabo en el Cono Sur a lo largo de la década del ochenta.

Los noventa significaron un reordenamiento de las piezas del damero después de la destrucción de la Europa oriental y comunista. La resignación y el oportunismo cundían como clima epocal. Hubo guerras bendecidas por las Naciones Unidas; genocidios étnicos silenciados; desplazamientos ilegales de mareas humanas; expansión de la pandemia del hiv-sida combinados con un acelerado crecimiento económico y acumulación de capital en la centralidad proporcional al acelerado crecimiento de pobreza y exclusión en las periferias.

Pero no todo quedó allí. El Norte realizó Seattle; Praga; Génova; Florencia como punto de inflexión, y el Sur, más precisamente, la Argentina a partir del '96 comenzó el alzamiento de los primeros piquetes como un modo inaugural de lucha anticapitalista y después llegó todo lo que sabemos: subversiones callejeras; cacerolazos; asambleas barriales; ahorristas; recuperación de espacios abandonados; autogestión obrera de fábricas y de establecimientos comerciales.

Ahora bien, ¿qué llama tanto la atención a nuestros exploradores extranjeros? ¿Qué define lo nuevo en estas protestas: la nominación depiqueteros, asambleístas, cartoneros? ¿O la exposición de los cuerpos y de la impudorosa pobreza? ¿Cómo es la marginalidad en sus países? ¿Difieren los inmigrantes ilegales africanos, caribeños, asiáticos de los excluidos nativos? ¿Buscan la configuración de otras ciudadanías?

Lo cierto es que existe una necesidad de catalogar las luchas no tan sólo desde la mirada ajena sino también desde la nuestra. Por ejemplo, se impuso en los seminarios, mesas de debate y publicaciones de estudio el cumplir con la modalidad del cuoteo o de la discriminación positiva. Antes eran las mujeres ahora son los cartoneros, piqueteros, asambleístas, ahorristas, etc., etc. Las instituciones académica necesitan estar à la page. No sea cosa que si no lo hacen corran los mismos riesgos que los de la dirigencia política representativa. Se abren agendas, se cruzan datos como si estas referencias movimientísticas fuesen objetos intercambiables y tuviesen un precio simbólico dado por el mercado del activismo.

Después de atravesar determinados circuitos de exposición pública, ¿estas personas cómo vuelven a sus barrios, a sus asentamientos, villas, fábricas? ¿Qué aprovechan y qué descartan? ¿Cómo socializan dentro de sus colectivos esos saberes extraterritoriales incorporados después de un viaje o de una intervención en otros ámbitos? ¿No cabe la posibilidad de rearmarse otra modalidad de representación a partir de su circulación en medios de comunicación, simposios o foros internacionales? Supuestamente, estos interrogantes develan tensiones no resueltas por las franjas activistas pero también por los movimientos autogestivos de reciente irrupción.

** Feminista e investigadora.*



Desde el borde

POR MOIRA SOTO

Llega con su tailleur pantalón sin mangas de lino rosa mate, su carterita celeste cielo, el flequillo rubio sobre los ojos claros, lista para soltar la risa al menor pretexto, y nadie –sin conocerla– diría que esta mujer es uno de los vértices conductores de El Periférico de Objetos, grupo creador de notables espectáculos teatrales, reveladores de las zonas más sombrías y perturbadoras de la condición humana. De lo primero que se ríe –no sin un dejo de emoción– Ana Alvarado al llegar a la casa de la cronista, es de una botellita de vidrio marrón, como de remedio antiguo, que adentro tiene un papel quemado en los bordes que anuncia la presentación en el Parakultural de *Ubú Rey*, de Alfred Jarry. La original gacetilla fue enviada en 1990, cuando El Periférico ya tenía un año de vida y lo integraban, además de Ana, Emilio García Wehbi, Daniel Veronese y Paula Nátoli.

A punto de cumplir los 14 –con Alvarado, Emilio y Daniel como directores desde hace varias puestas–, acaban de estrenar su décimo montaje, *La última noche de la humanidad*, en el remodelado Espacio Callejón (Humahuaca 3756), mientras que se repuso recientemente en El Portón de Sánchez (Sánchez de Bustamante 1034) la penúltima creación del celebrado grupo, *El suicidio*. "El otro día alguien escribió el 'mítico' Periférico", vuelve a reír Ana Alvarado, que evidentemente no se la cree. Aunque de verdad el vanguardista grupo que integra y codirige –cuya historia repasa en esta entrevista–, por su permanencia, evolución y rigor, bien se ha ganado ese adjetivo que en el lenguaje corriente remite a una leyenda viva, con su propia tradición, su saga de espectáculos, su carácter innovador y referencial.

Muy jóvenes, los socios de esta fructífera aventura surgieron de las filas de titiriteros del Teatro San Martín que con tanto talento condujo Ariel Buffano. Eran las primeras épocas de *El gran circo criollo*, y Ana y sus compinches, al mismo tiempo, empezaron a tomar contacto con títeres, objetos, figuras escénicas de otros sitios del mundo. Ella y Veronese fueron becados al Instituto de la Marioneta, en Francia; García Wehbi viajó a Estocolmo. "De ese sacudón nació El Periférico. Yo venía de la plástica, y había un deseo compartido de salir del títere propiamente dicho y entrar en otra zona de objetos. Despegamos con *Ubú Rey*, que hacía tiempo que no se hacía acá, y menos con títeres para adultos."

DE LA VIDA Y LA MUERTE (DE LAS MARIONETAS)

–¿Ustedes empezaron a llevar una doble vida como titiriteros, de día en el San Martín, de noche en el Parakultural?

–Sí, claro... De ahí nació esta cosa espuria que es El Periférico. Cuando el Parakultural cerró, nos trasladamos a Babilonia, que abría en ese momento. Allí desarrollamos toda una etapa. Seguramente, el punto de inflexión para nosotros, cuando realmente empezó otra cosa, fue en el espectáculo siguiente, *Variaciones sobre B...*, de Daniel. Con un lenguajemás propio, que se salía de la estética al uso. *Ubú...* fue como de transición, todavía en el rol de titiriteros. Con *Variaciones...* entramos en el universo de Beckett. Convocó a mucha gente de teatro, un público diferente del que iba al Parakultural.

–¿Ahí empezó el mito que hoy te sorprende?

–Bueno, empezó a llamar la atención este grupo que se metía con la vaca sagrada y hacia una cosa con unos muñequitos sobre Beckett. Era un descaro total, y encima ni siquiera estaba ese autor en directo. Creo que ahí empezó a armarse nuestro público. En la escena de los ciegos arrancamos con lo que después resultó nuestra marca de fábrica: este lugar del actor que está haciendo un personaje-personaje y paralelamente manipulando a otro personaje. Una disociación más subrayada, y por otra parte, la acción violenta sobre el objeto, y del objeto sobre el manipulador. La tensión recíproca hacia la violencia de ese vínculo. También aquí empieza el sexo por la cabeza, algo típico de nuestras obras.

–¿El centro del erotismo, por otra parte?

–*(Risas).* Sí, claro: las muñecas con la cabeza rebanada, el coito por la cabeza, los ojos ciegos. Entonces usamos las muñecas antiguas, que se volvieron parte nuestra identidad, aquí y afuera. Por eso les hicimos el gran homenaje en *Monteverdi método bélico*, para tratar de asesinarlas después. Era la única salida...

–Cuando se conforman como grupo, ¿cómo se distribuyen los roles, las responsabilidades? ¿Cómo se sostiene la cohesión a través del tiempo?

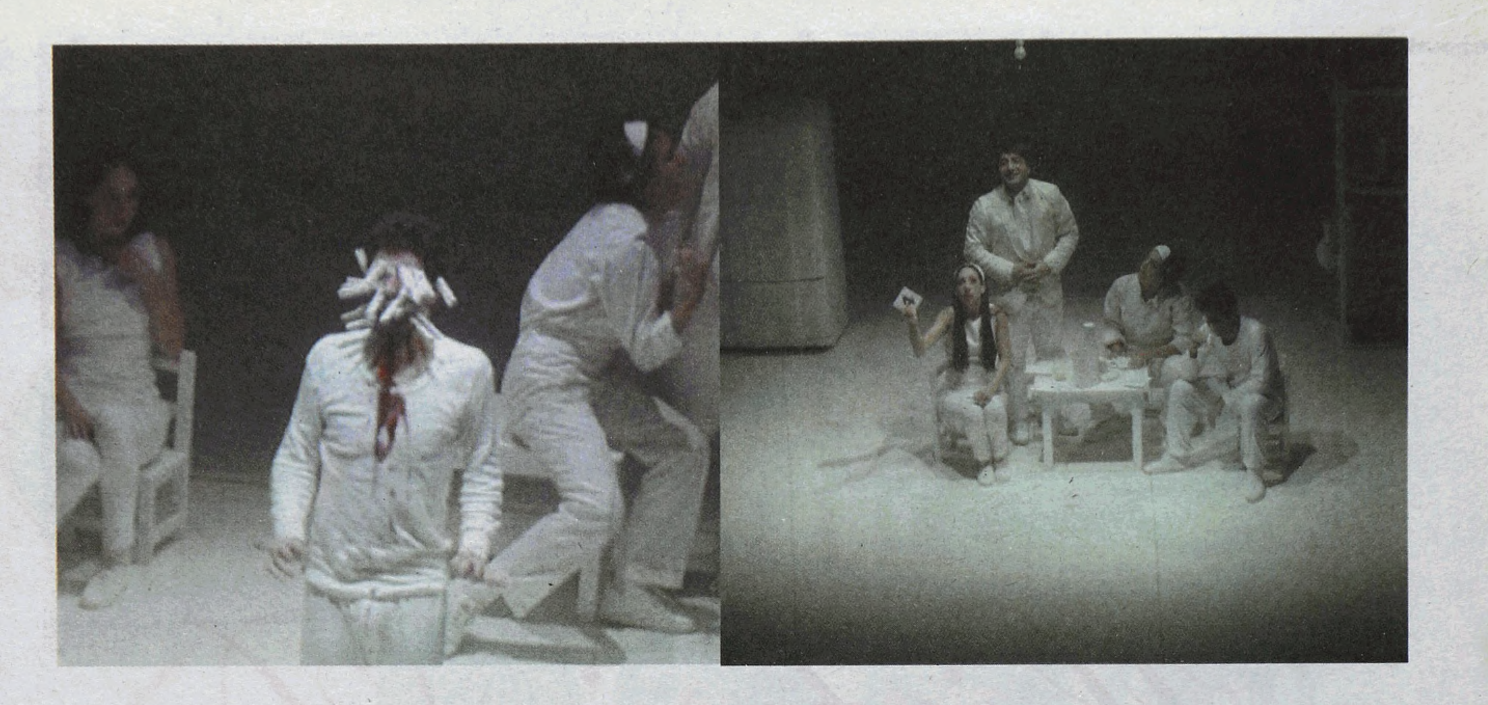
–El Periférico se creó por impulso de Emilio, él dirigió *Ubú*... Después fue la propuesta de Daniel en Babilonia, y se hizo cargo de la puesta. En la siguiente, *El hombre de arena*, decidieron hacer una dirección conjunta, sobre texto de los dos. Román Lamas, Paula Nátoli y yo estábamos más en la actuación. En mi caso particular, sumaba aportes desde la teoría, influía desde allí. *Cámara Gesell* también la hicieron Daniel y Emilio. Cuando decidimos el siguiente espectáculo, yo ya me había instalado mucho como opinión en el proceso creativo. Bueno, se legalizó esa opinión y se conformó el *ménage à trois (más risas)*, el triangulito que sigue en pie desde *Máquina Hamlet* y tiene una dinámica muy particular: tres personas juntas debatiendo idea por idea, muy militantemente. *Máquina Hamlet* y *Zooedipous* son hitos decisivos en mi vida. El fenómeno de la creación unido a un gran placer. En ambos casos trabajamos con intelectuales que nos dieron un soporte importante: Dieter Welke y Tomás Abraham.

–Aparte de lo que podías sumar desde tu formación de plástica, ¿aportás un contrabalanceo, una nivelación específica de género?

–En *Máquina Hamlet* claramente: me peleé con Heine Müller, con el texto, y con Welke a full. Batallas campales. Me costó mucho ver lo femenino según lo entendía Müller, me resistía a ciertos planteos. Pero, claro, él era el autor: tratamos de encontrar imágenes que también nos representaran a nosotros, sin traicionarlo. Ofelia era la destructora, la que prendía fuego. Un personaje con un nivel de violencia tipo bacante, y yo no terminaba de creerme ese rol, la mujer como el cuerpo que va a salvar por la destrucción. Nosotros metimos un poco más la víctima en ella, que es la única que hace algo, toma una dirección... De todos modos, creo que *El hombre de arena* fue más transgresor. Era oscuro, oscuro, oscuro... Ahí pudimos trabajar nuestros fantasmas de manera más personal. Nuestra presencia junto a los muñecos, mandándolos bajo tierra, era de una violencia insólita.

–Con *Zooedipous* suman a la polémica los animales vivos...

–Nos costó mucho concretar esa obra:



teníamos tanto material, Deleuze, Kafka... Sí, ahí nos largamos con otros seres vivos. Y ahora, en *La última noche de la humanidad*, tenemos cucarachas de las grandes. Son bichos muy particulares, sobrevivientes de miles de años. La actriz que sostiene una de ellas –distinta cada noche, claro– le habla, le toca las patitas, y la cucaracha mueve las antenas, parece escuchar. Para nosotros el tema de qué manipular se fue volviendo más complejo, veíamos muchas posibilidadesmás allá de los muñecos. Entre los titiriteros es muy común la manipulación del pollo pelado, pararlo, hacerlo bailar... De ahí pasamos naturalmente a la idea de la gallina viva.

–¿Con la intención también de shockear un poco al público?

–Bueno, sí, somos chicos muy malos *(carcajadas)*. Nos hacemos, por lo menos... En *Zooedipous*, la gallina lograba impresionarnos a nosotros cuando no lográbamos agarrarla. Tuvimos cantidad de despelotes con ese animal afuera, nos mandaban veedores. Hasta que se dieron cuenta de que la que aparecía muerta era de látex, aunque muy realista. También el traslado de otros bichos ocasionó trastornos, por ejemplo, los bichos bolita que estaban en esa obra y no existen en otros países. Y no los podés llevar en el bolsillo porque es traslado de fauna... Y ahora con las cucarachas, porque presentamos primero *La última noche...* afuera, volvieron los problemas, porque no todos autorizan a matarlas en escena. Imaginate, una hipocresía total. Acá también se armó un poco de debate sobre el tema el otro día.

–¿*Monteverdi...* anticipaba la temática de *La última noche de la humanidad*?

–*Monteverdi...* fue un esfuerzo sobrehumano, una producción muy pero muy compleja. Y sí, creo que anticipaba algunas ideas de lo que estamos haciendo ahora. Fue muy impresionante la experiencia de estar en escena con ese tipo de cantantes que despliega una energía que no se parece a nada. Con *Monteverdi...*, además de nuestros seguidores habituales, tuvimos otro público. Diez funciones en la Coronado del San Martín, quedó mucha gente afuera. Una gran experiencia.

–El caso es que ustedes se juntaron en el '89, zarparon en el '90, atravesaron esa década de oprobio y el siglo XXI los encuentra unidos y con renovada salud artística.

–Es un momento particular para nosotros: de dos festivales de afuera nos ofrecieron producirnos espectáculos diferentes para las mismas fechas, y pensamos primero en hacer sólo uno. Pero después nos largamos a preparar los dos, simultáneamente: *El suicidio* y *La última noche de la humanidad*. El primero era la obra que teníamos pensada antes de que apareciese el pedido de Viena de hacer a Karl Kraus. Nos interesó tomar el tema del suicidio y poetizarlo. Hicimos algunos relevamientos muy interesantes, como los textos del psiquiatra Ramos Mejía, que clasificó los suicidios del siglo XIX. El 20 de diciembre de 2001 nos agarró durante los ensayos y nos provocó como una explosión de lo argentino: el espectáculo quedó atravesado por un imaginario muy local.

–¿El texto completo de *La última noche...* es tan apabullante como lo sugiere el montaje que están presentando ustedes?

–Son seiscientas páginas. Es tremendamente impactante si se piensa en la época en que Kraus lo escribió: todo lo que este hombre intuyó que representaba la guerra, los intereses económicos en juego. Anticipa la Segunda Guerra y el nazismo, advierte el lugar de la prensa, prevé esta cosa mediática cuando las guerras se vuelven negocio en ese terreno. Sobre la base de esas ideas construimos las dos escenas: de lo que habló Kraus y de lo que no llegó a hablar. La primera, radicalmente sucia, sin atenuantes; la segunda, radicalmente blanca, donde no apareciese ni huella del combate, de la trinchera. Kraus fue el punto de partida, después empezamos con las improvisaciones. El primer acto lo armamos a partir de la música de Cecilia Candia, muy buena compositora de música contemporánea que ha trabajado mucho con nosotros. Quizás se pueda decir que *El suicidio* es nuestra obra más amoral por lo duro del tema. Pero en *Máquina...*, en *Monteverdi...*, en *La última noche...* nos ubicamos en un lugar y tiramos cosas, a veces con polémica entre nosotros. Mantenemos ese espíritu de los '70 en cuanto a intercambio, debate, las ideas sobre la mesa, todo lo cual suele implicar planteamientos morales, tomas de posición. Sí, todavía nos metemos en honduras, tenemos un compromiso con ciertos principios. No nosda lo mismo que Bush haga la guerra o no... Por eso creo que en estos momentos se redoble la vigencia de *La última noche...*















Historia Dora

En la vieja cervecería **Munich**, donde la Dirección General de Museos mudó su sede, una ecléctica muestra de objetos y fotografías hace honor a aquella bebida espumante. Tan deseada en este verano como en aquellos otros que se ven en las imágenes que sirven de marco, cuando la costanera sur era un balneario elegante y la ecología no figuraba en el diccionario.

POR VICTORIA LESCANO

La muestra se desarrolla en el interior de una de las construcciones más rara avis de la ciudad, un palacete con iconografía alemana en los vitreaux, los murales, el piso y las columnas de las terrazas que miran el río y que en 1927 el arquitecto húngaro Andrés Kálnay construyó para la sucursal más chic de las cervecerías Munich.

La apuesta principal es una recorrida por la historia de las cervezas argentinas de 1920 a 1960: incluye elegantísimas botellas de porcelana grès con que las fábricas primitivas distribuían sus fórmulas propias, libretas de almacén, destapadores, posavasos y chopperas, hasta abanicos publicitarios en cartón y producciones gráficas con himnos a la Quilmes, sillas de hojalata grabadas con las leyendas Palermo o Bieckert, lámparas y la puerta giratoria originales de la Munich.

Pero para complementar el título "Veranos Inolvidables, la Munich de Kálnay, la Costanera y el Río" en la flamante sede de la Dirección General de Museos –Avenida de los Italianos 851– también se exhiben gigantografías con escenas y documentación de los días de gloria del Balneario Municipal.

Hay crónicas de bañistas que emergen de algunas de las 380 casillas para cambiar vestidos largos y trajes con bombines o sombreros rancho por "obligatorios trajes de baño completo, una malla, mameluco, debiendo estar todas las prendas en buen estado" y para darse chapuzones nunca superiores a la media hora de duración que indicaban los edictos municipales de 1920.

Luego podían asistir a las canchas de tenis, el gimnasio para niños, visitar los jardines con acacias y senderos a la Versalles o frecuentar los teatritos de varieté que abundaban en la zona.

En un documental que complementa la muestra los testimonios de Osvaldo Miranda, Gloria Pampillo y Delfor Medina recuerdan: "Era un restaurante muy exclusivo y más caro que los de los alrededores, los mozos usaban delantales a rayas y guantes blancos, siempre había bandas en vivo interpretando valses y permanece en el imaginario como lugar favorito para primeras citas".

Los investigadores de la Dirección General de Museos, que desde el último diciembre recuperó ese edificio como sede propia, agregan que ostenta dos records tecnológicos: la ejecución del proyecto en cuatro meses y días para inaugurar en temporada veraniega y un extraordinario sistema de almacenamiento, refrigeración y distribución de cerveza. La cámara ubicada en el sótano podía refrigerar 50.000 litros que se distribuían a los distintos ambientes por medio de una red de cañerías que despedían 1500 litros en forma simultánea.

Y esos litros se acompañaban con una carta 100% alemana, consagrada a los ahumados, las ensaladas de papa y, como atracción para los niños, colosales copas heladas.

El coleccionista Juan Carlos López Almendros, presidente de la Asociación Argentina de Coleccionismo e Intercambio Cervecero y quien aportó buena parte de las rarezas cerveceras en exhibición, dice: "El edificio se construyó sobre un predio municipal, Kalnay tuvo mucha libertad para construir y un presupuesto muy generoso que aportaron los Bemberg, los dueños de la cervecería Quilmes. El primer concesionario fue delegado a una familia austríaca, durante la celebración de la Dirección de Museos apareció una sobrina de ese gastronómico y, además de aportar un jarro original de la Munich, nos contó que todos los fines de año acostumbraban regalar a los clientes piezas de cristal que encargaban a los mejores autores de cristalería austríaca".





En su hogar de Barrio Norte, López Almendros tiene una colección de miles de vasos de procedencia variada apilados en interiores de placards, latas de cerveza atiborrando las paredes de las habitaciones de sus hijos, publicidades y slogans de cervecerías desde el 1900 en carpetas debajo de la cama matrimonial. De la colección particular vale destacar las latas de los 50 que la marca Tennent dedicó a mujeres *en negligée* estilizadas en un pin up hortera. "La primera modelo fue una maestra de escuela llamada Fiona, las chicas elegidas para aparecer en las latas por contrato no podían trabajar en ninguna otra actividad, en la actualidad esas latas son algunas de las mejor cotizadas en el mercado", dice López Almendros.

Junto a otros especialistas en *brewery* –así se llama a quienes coleccionan merchandising de los derivados de la malta–, en especial Carlos Vives trazó un quién fue quién de la historia cervecera argentina.

"Por un lado estuvieron las primitivas como *Zervezería*, la fábrica que el inglés Tomás Stuart tuvo en Retiro y en la que luego se asoció a Tomás Ilson –un empresario con un currículum de contrabandista de lo más variado–, que en 1842 fue relanzada por Adolfo Bullrich y Carlos Ziegler con una botella estrambótica. Conservo un ejemplar de *La Gazeta mercantil* de enero de 1845 que invitaba a su cervecería de la Barraca de Capdevila - Chacabuco al 3000 y que reza: 'Ofrecemos al respetable público una mejoría en las calidades de cerveza, mejorando las dos clases, blanca y negra, los refrescos y fiambres se encontrarán a toda hora. Igualmente se aviza a los aficionados al baile que tienen una sala donde podrán colocarse una compañía de amigos o familia que quiera disfrutar de esta diversión con un buen piano y un maestro tocador que estará pronto a servir a los concurrentes, particularmente los Domingo a la tarde". En 1880 empezó la construcción de grandes fábricas y Bieckert fue la precursora en Esmeralda y Juncal.

El experto también se refiere a los packagings: "Todas las botellas de grès se prohibieron en 1923 por la ley nacional de higiene, que decretó que cualquier recipiente no translúcido no podía ser retornable, luego el Consorcio Cervecero Unión unificó la producción de botellas. Así se impuso un modelo único y multas para quienes no las respetaran".

Un listado de cervecerías ilustres incluye además a Guillermina, en el barrio de Constitución, Zur Post, de la calle 25 de Mayo, la Adams, en la bajada de Maipú antes de llegar a Retiro –con luces muy tenues y clima de tugurio, fue la favorita de los marineros–.

























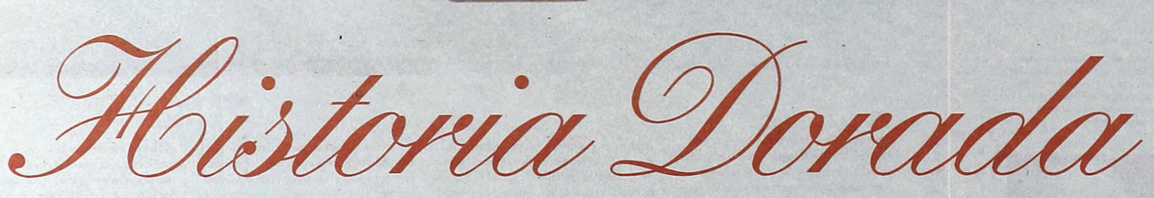












Historia Dorada

En la vieja cervecería **Munich**, donde la Dirección General de Museos mudó su sede, una ecléctica muestra de objetos y fotografías hace honor a aquella bebida espumante. Tan deseada en este verano como en aquellos otros que se ven en las imágenes que sirven de marco, cuando la costanera sur era un balneario elegante y la ecología no figuraba en el diccionario.

POR VICTORIA LESCANO

La muestra se desarrolla en el interior de una de las construcciones más rara avis de la ciudad, un palacete con iconografía alemana en los vitreaux, los murales, el piso y las columnas de las terrazas que miran el río y que en 1927 el arquitecto húngaro Andrés Kálnay construyó para la sucursal más chic de las cervecerías Munich.

La apuesta principal es una recorrida por la historia de las cervezas argentinas de 1920 a 1960: incluye elegantísimas botellas de porcelana grès con que las fábricas primitivas distribuían sus fórmulas propias, libretas de almacén, destapadores, posavasos y chopperas, hasta abanicos publicitarios en cartón y producciones gráficas con himnos a la Quilmes, sillas de hojalata grabadas con las leyendas Palermo o Bieckert, lámparas y la puerta giratoria originales de la Munich.

Pero para complementar el título "Veranos Inolvidables, la Munich de Kálnay, la Costanera y el Río" en la flamante sede de la Dirección General de Museos –Avenida de los Italianos 851– también se exhiben gigantografías con escenas y documentación de los días de gloria del Balneario Municipal.

Hay crónicas de bañistas que emergen de algunas de las 380 casillas para cambiar vestidos largos y trajes con bombines o sombreros rancho por "obligatorios trajes de baño completo, una malla, mameluco, debiendo estar todas las prendas en buen estado" y para darse chapuzones nunca superiores a la media hora de duración que indicaban los edictos municipales de 1920.

Luego podían asistir a las canchas de tenis, el gimnasio para niños, visitar los jardines con acacias y senderos a la Versalles o frecuentar los teatritos de varieté que abundaban en la zona.

En un documental que complementa la muestra los testimonios de Osvaldo Miranda, Gloria Pampillo y Delfor Medina recuerdan: "Era un restaurante muy exclusivo y más caro que los de los alrededores, los mozos usaban delantales a rayas y guantes blancos, siempre había bandas en vivo interpretando valses y permanece en el imaginario como lugar favorito para primeras citas".

Los investigadores de la Dirección General de Museos, que desde el último diciembre recuperó ese edificio como sede propia, agregan que ostenta dos records tecnológicos: la ejecución del proyecto en cuatro meses y días para inaugurar en temporada veraniega y un extraordinario sistema de almacenamiento, refrigeración y distribución de cerveza. La cámara ubicada en el sótano podía refrigerar 50.000 litros que se distribuían a los distintos ambientes por medio de una red de cañerías que despedían 1500 litros en forma simultánea.

Y esos litros se acompañaban con una carta 100% alemana, consagrada a los ahumados, las ensaladas de papa y, como atracción para los niños, colosales copas heladas.

El coleccionista Juan Carlos López Almendros, presidente de la Asociación Argentina de Coleccionismo e Intercambio Cervecero y quien aportó buena parte de las rarezas cerveceras en exhibición, dice: "El edificio se construyó sobre un predio municipal, Kalnay tuvo mucha libertad para construir y un presupuesto muy generoso que aportaron los Bemberg, los dueños de la cervecería Quilmes. El primer concesionario fue delegado a una familia austríaca, durante la celebración de la Dirección de Museos apareció una sobrina de ese gastronómico y, además de aportar un jarro original de la Munich, nos contó que todos los fines de año acostumbraban regalar a los clientes piezas de cristal que encargaban a los mejores autores de cristalería austríaca".

En su hogar de Barrio Norte, López Almendros tiene una colección de miles de vasos de procedencia variada apilados en interiores de placards, latas de cerveza atiborrando las paredes de las habitaciones de sus hijos, publicidades y slogans de cervecerías desde el 1900 en carpetas debajo de la cama matrimonial. De la colección particular vale destacar las latas de los 50 que la marca Tennent dedicó a mujeres *en negligée* estilizadas en un pin up hortera. "La primera modelo fue una maestra de escuela llamada Fiona, las chicas elegidas para aparecer en las latas por contrato no podían trabajar en ninguna otra actividad, en la actualidad esas latas son algunas de las mejor cotizadas en el mercado", dice López Almendros.

Junto a otros especialistas en *brewery* –así se llama a quienes coleccionan merchandising de los derivados de la malta–, en especial Carlos Vives trazó un quién fue quién de la historia cervecera argentina.

"Por un lado estuvieron las primitivas como *Zervezería*, la fábrica que el inglés Tomás Stuart tuvo en Retiro y en la que luego se asoció a Tomás Ilson –un empresario con un currículum de contrabandista de lo más variado–, que en 1842 fue relanzada por Adolfo Bullrich y Carlos Ziegler con una botella estrambótica. Conservo un ejemplar de *La Gazeta mercantil* de enero de 1845 que invitaba a su cervecería de la Barraca de Capdevila - Chacabuco al 3000 y que reza: 'Ofrecemos al respetable público una mejoría en las calidades de cerveza, mejorando las dos clases, blanca y negra, los refrescos y fiambres se encontrarán a toda hora. Igualmente se aviza a los aficionados al baile que tienen una sala donde podrán colocarse una compañía de amigos o familia que quiera disfrutar de esta diversión con un buen piano y un maestro tocador que estará pronto a servir a los concurrentes, particularmente los Domingo a la tarde'". En 1880 empezó la construcción de grandes fábricas y Bieckert fue la precursora en Esmeralda y Juncal.

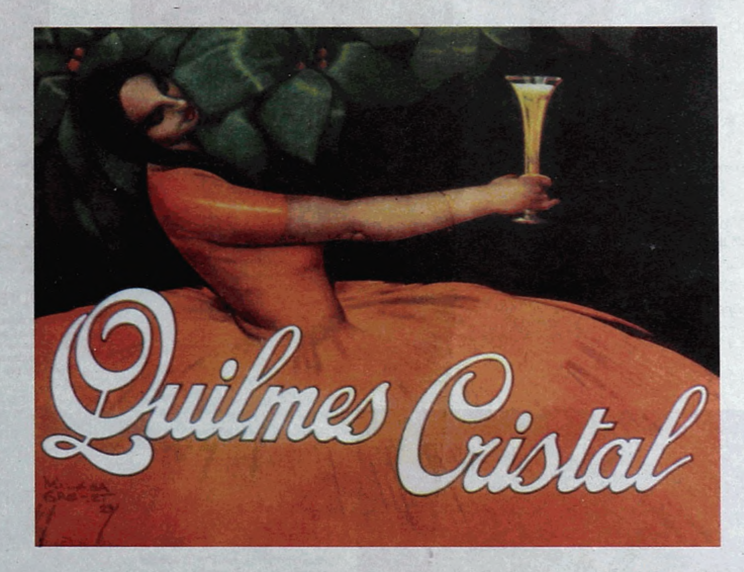
El experto también se refiere a los packagings: "Todas las botellas de grès se prohibieron en 1923 por la ley nacional de higiene, que decretó que cualquier recipiente no translúcido no podía ser retornable, luego el Consorcio Cervecero Unión unificó la producción de botellas. Así se impuso un modelo único y multas para quienes no las respetaran".

Un listado de cervecerías ilustres incluye además a Guillermina, en el barrio de Constitución, Zur Post, de la calle 25 de Mayo, la Adams, en la bajada de Maipú antes de llegar a Retiro –con luces muy tenues y clima de tugurio, fue la favorita de los marineros–.

Para concluir el recorrido de templos cerveceros el gastrónomo Rubén Tfarherr se refiere a la historia de Bodensee, la tradicional cervecería de Belgrano, donde él empezó a trabajar como peón de limpieza: "Se inauguró en octubre de 1925, en un local de Monroe al 2800, cuando Ernesto Boden quiso imponer las bases de la comida alemana entre los argentinos. El lugar fue un éxito inmediato, el local resultó chico y decidieron mudarse a Crámer 2455, al club de barrio Manuel Belgrano. De inmediato tiraron paredes abajo, transformaron la antigua cancha de bochas en la cocina y en el terreno contiguo construyeron siete canchas de bolo y hasta una sala de fiestas para 1000 personas".

Además de las célebres recetas de *goulash on mit spatzles*, y *knackwurst* –salchichas alemanas–, el sello distintivo del restaurante era la repartición de botellones de cerveza a domicilio. En su mayoría verdes y con variaciones en uno, dos, cuatro o cinco litros. Tuvo un stock de cinco mil botellas que los clientes compraban para uso doméstico. "Era exclusivamente cerveza *Palermo* y arribaba en barriles de 100 litros, el sistema de ventas continuó hasta 1958, la firma decidió cancelarlos cuando a los chicos que hacían los repartos empezaron a robarles las bicicletas. Las botellas no costaban más de tres pesos, las de un litro en su mayoría eran de cerámica blanca y tenían estampas con trompas de elefante dispuestas hacia arriba, algo que ellos asociaban con la buena suerte."

Vale mencionar que Tfarherr mantiene en su nuevo local Bodensee de Las Cañitas –Ortega y Gasset 1880– las recetas tradicionales de goulash, sirve paté de almendras con ensaladas de papas, selectas tablas de quesos y jarras de cerveza desde diez pesos en un pequeño jardín y dispuso un espacio de juego para niños. Además conserva algunos boxes de madera que integraron el mobiliario del Bodensee primitivo y en la barra descuellan algunos ejemplares de los botellones verdes de antaño.







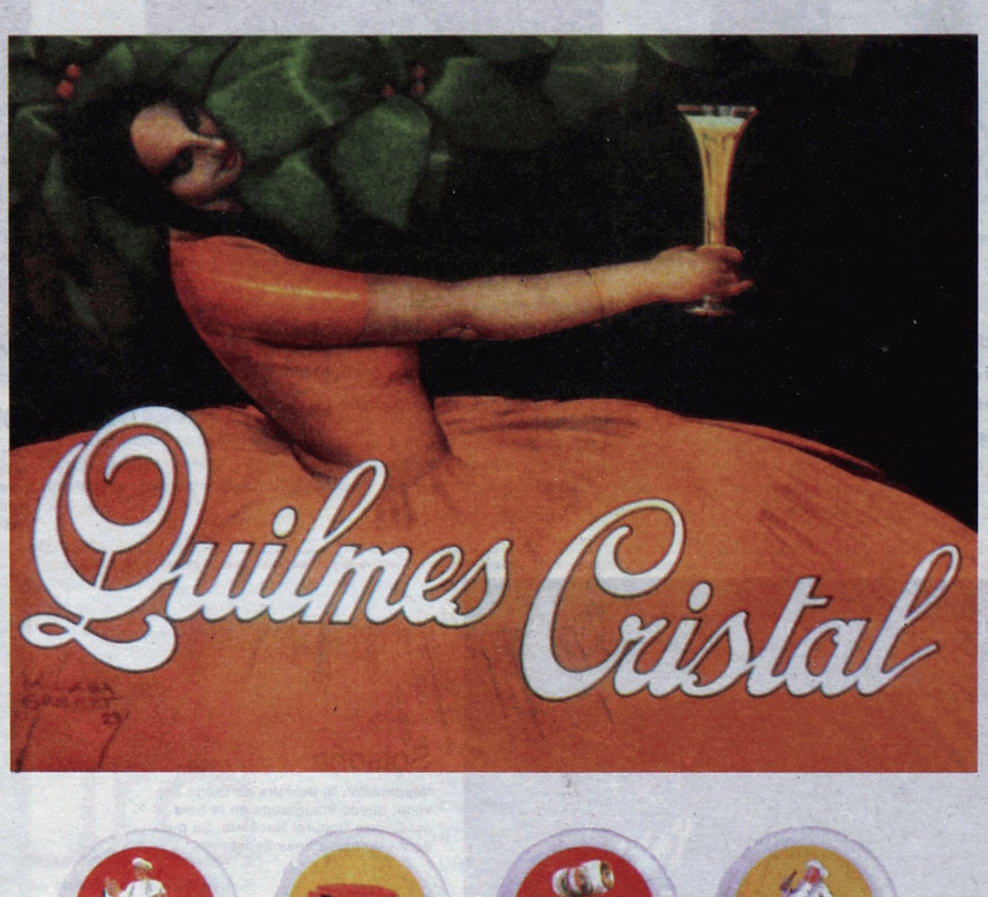


da

Para concluir el recorrido de templos cerveceros el gastrónomo Rubén Tfarherr se refiere a la historia de Bodensee, la tradicional cervecería de Belgrano, donde él empezó a trabajar como peón de limpieza: "Se inauguró en octubre de 1925, en un local de Monroe al 2800, cuando Ernesto Boden quiso imponer las bases de la comida alemana entre los argentinos. El lugar fue un éxito inmediato, el local resultó chico y decidieron mudarse a Crámer 2455, al club de barrio Manuel Belgrano. De inmediato tiraron paredes abajo, transformaron la antigua cancha de bochas en la cocina y en el terreno contiguo construyeron siete canchas de bolo y hasta una sala de fiestas para 1000 personas".

Además de las célebres recetas de *goulash on mit spatzles*, y *knackwurst* –salchichas alemanas–, el sello distintivo del restaurante era la repartición de botellones de cerveza a domicilio. En su mayoría verdes y con variaciones en uno, dos, cuatro o cinco litros. Tuvo un stock de cinco mil botellas que los clientes compraban para uso doméstico. "Era exclusivamente cerveza *Palermo* y arribaba en barriles de 100 litros, el sistema de ventas continuó hasta 1958, la firma decidió cancelarlos cuando a los chicos que hacían los repartos empezaron a robarles las bicicletas. Las botellas no costaban más de tres pesos, las de un litro en su mayoría eran de cerámica blanca y tenían estampas con trompas de elefante dispuestas hacia arriba, algo que ellos asociaban con la buena suerte."

Vale mencionar que Tfarherr mantiene en su nuevo local Bodensee de Las Cañitas –Ortega y Gasset 1880– las recetas tradicionales de goulash, sirve paté de almendras con ensaladas de papas, selectas tablas de quesos y jarras de cerveza desde diez pesos en un pequeño jardín y dispuso un espacio de juego para niños. Además conserva algunos boxes de madera que integraron el mobiliario del Bodensee primitivo y en la barra descuellan algunos ejemplares de los botellones verdes de antaño.



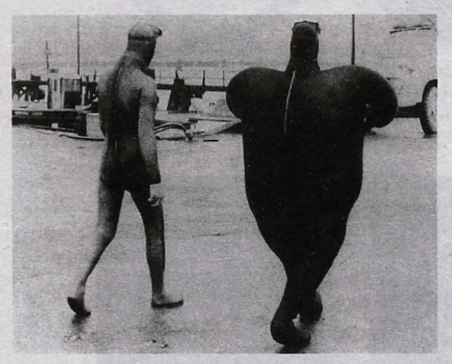




Te temblarán las rodillas al verlo. (Y a él también



La clave para estar segura: si al darle un beso te parece que tus labios tocaron un enorme limón, este todavía no es.)



¿Quedaremos bien saliendo juntos?



No tienes tiempo para cazar hombres que no valen la pena.

Príncipe azul

A modo de los libros infantiles –muy poco texto y fotografías enormes, casi a toda página– *Si buscas un príncipe azul (para mujeres que sueñan con el amor)* es más una humorada que otra cosa. El autor, Bradley Trevor Greive, nacido en Tasmania, lleva ya editados varios éxitos del mismo estilo, como *Un día de aquellos*, que reúne fotografías de animales.



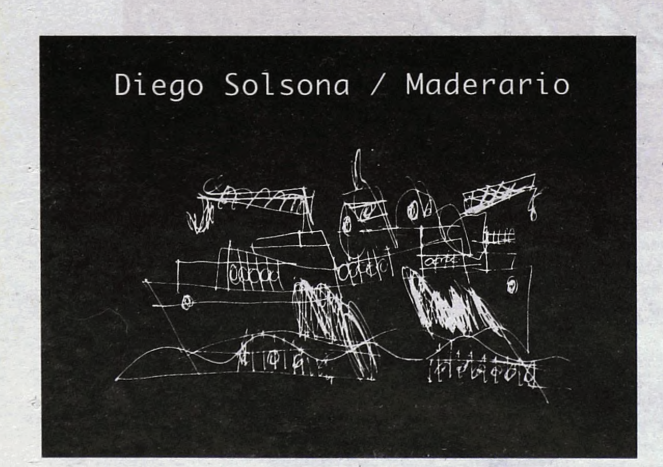
Agua para la piel

Nivea Visage presentó All Day Aqua, su nueva crema de hidratación facial que ayuda a que la piel luzca radiante y a su vez da sensación de frescura. El producto, según los laboratorios Beiersdorf, que lo desarrollaron, mantiene el rostro humectado las 24 horas.



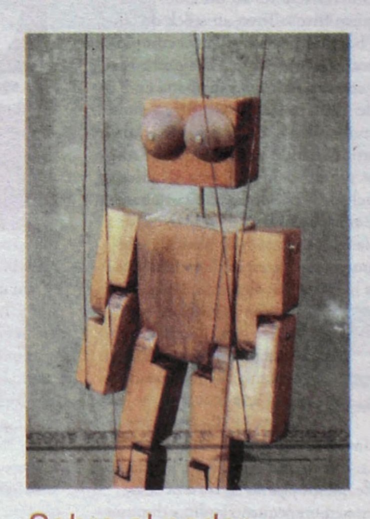
Obras sanitarias

Con dirección de Edda Díaz, se estrenó en la sala The Cavern, del complejo La Plaza, "Cuatro obras sanitarias", escrita por Pablo Albarello. Historias urbanas protagonizadas por dos personajes que oscilan entre la parodia y el absurdo.



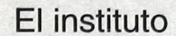
Solsona

"Maderario", la muestra de Diego Solsona, quedó inaugurada en la Sala 8 del Centro Cultural Recoleta. Se puede visitar hasta fines de febrero.



Sobre el poder

Del 4 de febrero al 1 de marzo, está expuesta la muestra "Ensayo sobre el poder", de Juan Pablo Cambariere. Es en la galería Elsi del Río, de Arévalo 1748, en la zona dada en llamar Palermo Hollywood. Se trata de esculturas de madera elementalmente inquietantes.



El instituto

La semana pasada se estrenó en el teatro Payró (San Martín 766) la obra "El instituto", de Jorge Leyes, con Divina Gloria y Alejandra Rubio, además de la dirección de Roberto Castro. Se puede ver viernes, sábados y domingos. Reservas, en el 4312-5922.

Analgésico

ParaGeniol es el nuevo producto del laboratorio GlaxoSmithKline: se trata de un analgésico y antifebril en cuya fórmula fue usado paracetamol, que evita los malestares estomacales o intestinales que provocan otras drogas.

Soy Yiya



Después de más de dos décadas y una conmutación de pena que le otorgó Carlos Menem, Mercedes Bolla Aponte de Murano, más conocida como "la envenenadora de Montserrat", recuperó su libertad definitiva. Se casó, planea escribir sus memorias y "demostrar por fin que soy inocente".

POR FLORENCIA GEMETRO

"Pellizcame –le dijo a la empleada que la miraba de costado– porque creo que cuando me despierte no lo voy a poder creer." Bajó los tres pisos que separan la planta baja del Patronato de Liberados, se paró frente a la virgen, le agradeció en voz alta para que escuchen todos: "No creo que me haya merecido esta condena, pero me sirvió para agachar la cabeza". Habían pasado 24 años desde que fue detenida por primera vez, acusada de haber envenenado a su prima y a dos amigas. El 5 de febrero, por fin, firmó su libertad definitiva. Y se fue sola, emocionada, deseando que algún día nadie la reconozca ni la recuerde como Yiya Murano, la leyenda que nunca quiso ser.

"Juro por mi hijo que nunca maté", insiste Yiya o el personaje que ella misma construyó debatiéndose entre los restos de la chica bien que supo ser y el estigma que consiguió después de haber cobrado notoriedad pública por el asesinato de su prima y dos amigas íntimas en el '79. Es decidida y enérgica para resaltar su inocencia o entonar con solemnidad que ha sido víctima de un complot en su contra. Su voz se quiebra en los momentos indicados, cuando afirma que en la vida ha sufrido mucho y que algún día se conocerá la verdad "aunque el vulgo, la mayoría, crea que todo preso siempre dice que es inocente".

Para su abuela era Yiyí igual que para sus compañeras de Ezeiza, aunque nunca le gustó que la llamaran así. Llegó al penal poco después de que lo inauguraran y con el tiempo se fue ganando la simpatía de las presas. Atrás habían quedado los vestidos caros, los amantes poderosos y la vida lujuriosa que supo conseguir acunada por la fortuna familiar y las mesas de dinero durante la época de la "plata dulce" y la especulación financiera.

En su cartera lleva guardadas dos hojas gastadas y con aspecto de haber sido usadas cientos de veces. Ahí está escrita su encendida defensa y la lee casi de memoria y en tono de declamación. Asegura que "nadie sobrevive al cianuro tanto tiempo", como lo hizo su prima que después de caer rodando por las escaleras fue trasladada al hospital para morir dos horas más tarde. Y que con la cantidad de cianuro que dijeron que recibió –suficiente para matar a un elefante según ella–, el médico que le hizo respiración boca a boca, y la prima, hubiesen muerto en el acto.

Dice tener la certeza de quién fue el autor del crimen, un médico influyente que tendría acceso a los laboratorios, pero no revela su nombre y cuando se le pregunta por el móvil dice en voz baja que se trató de venganza porque solía ser su amante y ella lo dejó.

"Yo no soy inocente pero no he matado, he sido una vulgar prestamista, una sucia prestamista", se impone en medio de una pregunta con el esfuerzo de deslizar un rasgo de humanidad que la libere de cualquier otra presunción. Comenzó su negocio con la prima y una amiga en la época de la especulación y la "bicicleta financiera". "Dijimos qué te parece, vamos a hacer este negocio, es como si pusiéramos una casa de comida porque me encanta cocinar. En mi caso no podría, porque no me compraría nadie", se ríe. Daban préstamos a las conocidas durante las tardes del té y la canasta y les exigían tasas altas para su devolución o les ofrecían intereses superiores a los de los bancos para hacer trabajar sus capitales en mesas de dinero.

Su negocio terminó con los tres asesinatos justo cuando el plan de Martínez de Hoz comenzaba a desmoronarse. Yiya entró a la cárcel en el '79, en medio de la feroz inflación que completó el cuadro de la última dictadura militar. Todavía recuerda esa noche. Llegó sin esposas gracias a la indulgencia de un comisario de turno. Y a medida que iba viendo las celdas le pareció estar recorriendo el interior de una pintura que tenía su madre: "La calle de la agonía", se acuerda.

Lejos había quedado la infancia de los colegios privados y la enseñanza del padre militar que buscaba colegas o profesionales como yernos, a quienes sus hijas les dedicaran su vida. A Mercedes Bernardina Bolla Aponte de Murano la esperarían dieciséis años de cárcel repartidos en dos procesos por homicidio calificado, envenenamiento y estafas reiteradas que escandalizaron a la clase media. Estuvo presa hasta el '82, cuando fue absuelta en primera instancia, pero tres años después el fallo fue anulado y le dieron perpetua. En el '93 un decreto de Carlos Menem le conmutó la pena por buena conducta y en el '95 salió de la cárcel bajo libertad condicional con el beneficio de la ley del dos por uno.

Se casó tres veces. El primer marido, Antonio Murano, un abogado que "lo único que no hizo fue divorcios", la acompañó en la defensa hasta su muerte y un amigo de él la defendió después. Su segundo esposo, Héctor Ghiodi, la denigró en un espectáculo público en el '98. Dijo que se asustó al enterarse quién era ella y le pidió el divorcio y la anulación de matrimonio durante uno de los almuerzos de Mirtha Legrand.

A esa emisión también fue su hijo, que había visto a su madre sentada a la misma mesa una semana antes. Martín Murano tenía 13 años cuando su madre fue detenida. Pero ella no tuvo más relación con él hasta que se enteró de su libro, *Mi madre, Yiya Murano*, un texto que resalta los detalles frívolos de su vida sin compasión.

"Con Julito –señala hacia un hombre viejo– me casé por Iglesia hace dos años." Julio Banin la espera en el bar, sostenido por un bastón y guarecido detrás de los lentes oscuros que delatan su ceguera. El es un jubilado del gremio de prensa, un ex marino que se dedicó al periodismo cuando comenzó a perder la visión. De tanto en tanto le pregunta si está bien, pero el ex corrector de diarios insiste en que lo único que quiere es participar aunque ella lo deje librado a su suerte y con un sanguchito de compañía.

La Murano se despide sin rodeos y no oculta su desconfianza. "Mirá –dice ya con hastío–, lo único que quiero es que se expresen bien, no que estuve con la envenenadora ni nada de eso porque acá se terminó el juego. Quiero que llegue hasta el cerebro de cada ser que no pudo ser, que las masitas quedaron en la ambulancia y no en la casa de mi prima. Yo estoy empezando nuevamente y llego a una conclusión: cuando vos decís la verdad no te creen y cuando querés mentir..."

SOCIEDAD

La tierra prometida

Ni la posibilidad de la guerra, ni los atentados, ni siquiera los testimonios de quienes ya se han ido y no encuentran lo que buscan pueden desanimarlas. Para algunas familias judías –más o menos practicantes de su religión–, Israel sigue siendo un destino en el que esperan encontrar el futuro que aquí sienten expropiado.

POR SONIA SANTORO

Patricia es una mujer casada con tres chicos. Hasta hace poco, su marido era un comerciante fructífero y ella una profesora de inglés con trabajo. Pero la situación del país destruyó sus trabajos y poco a poco, pero con firmeza, fueron perdiendo todo. Desde octubre, su familia está desintegrada: mientras su marido y sus dos hijos mayores viven en un hotel, ella y el hijo menor están en la casa de sus padres. La razón: no pueden mantenerse. A tal punto que reciben tickets de comida de la comunidad judía para poder sobrevivir. En marzo, se irán a vivir a Israel. La única certeza que los empuja es la confianza en que los van a ayudar. "Mi país es la Argentina y no me ha dado, me ha quitado desde lo material hasta lo emocional. Israel no es mi país, no es mi patria, tiene que ver con mi religión, pero me va a dar mucho más de lo que pueda tener acá", dice.

¿Quién imaginaba que los judíos podían estar pasándola muy mal en la Argentina? Mientras lo usual era que unos mil judíos por año dejaran el país, en el 2002 la emigración se volvió compulsiva: 6300 argentinos-judíos decidieron que ya no tenían nada que hacer acá. Y en la Agencia Judía presumen que este año la cifra se va a sostener, incluso va a aumentar.

Patricia y su familia se van a instalar en Beer-sheva, la capital del desierto del Neguev. Hace 20 años vivió dos en esa ciudad. "En ese momento cayó una revista y hablaban de los kibbutz y fuimos como por una necesidad de cambiar de aire, de lugar, hacer otra cosa. Nos fue económicamente bien, pero yo no me adapté a las costumbres", cuenta. Aunque se volvieron por problemas familiares, hoy no tiene miedo de vivir en un país completamente distinto de la Argentina y en conflicto permanente. "Lo más difícil es lo de la guerra, pero se toma con naturalidad. Elegí esa ciudad porque es el lugar más seguro que hay en Israel, está en medio del desierto. Me cuidaré de viajar a la zona de conflicto", comenta.

Lo que quiere dejar en la Argentina es el futuro incierto de sus hijos. "Mis hijos tienen 20 y 24 años, no consiguen trabajo y están dando vueltas como parias todo el día. Acá con ellos no marcha la cosa, allá hay como un culto del estudio y del trabajo, y todo tiene un rédito", dice.

Patricia, como muchos otros judíos que tal vez nunca fueron practicantes, se acercó a la Agencia Judía para pedir ayuda a la comunidad. Desde el 2000, la psicóloga Norma Bojman coordina un grupo que les brinda información y contención psicológica a los que quieren partir. "Hoy viene la gente que nunca pensó en vivir en Israel, pero que habiendo caído abruptamente en lo económico recurren a la comunidad judía para poder comer. Yo recuerdo que un rabino dijo que antes él tenía un templo con un primer piso para grandes fiestas y ahora se transformó en un gran comedor que cada día da de comer a mayor cantidad de personas", cuenta.

Al principio, quienes se acercaban eran profesionales, clase media pauperizada. "Hoy es gente que come una vez por día, que alguna vez fue clase media baja, que tienen entre un año y cinco de desocupación porque la mayoría no tiene oficio y que dependen de algún tipo de subsidio o ayuda", explica Bojman.

El proyecto es irse a Israel, un país duro, un país en guerra. "Pero para esta gente cualquier mano que se les tienda en cualquier país del mundo van porque, si no, van a terminar dentro de seis meses viviendo en la calle", agrega.

La situación de Adriana no es tan grave. Tiene trabajo, es auxiliar de portería en una escuela desde hace 14 años. Y tiene un hijo de 15. Lo que no tiene, aunque trabaje, quiera, insista, es un vivir con tranquilidad, sin lujos, pero con comodidades. "Quiero salir adelante y siempre estoy estancada, las cosas no van, yo pienso que allá me va a ir mejor porque sería un cambio. Pienso, no sé", comenta.

La incertidumbre es seguramente un in-


FOTO JORGE LARROSA

grediente inevitable de todo exilio. En estos casos es muy fuerte. Nadie llega a Israel con un trabajo arreglado de antemano.

Sandro escribe su testimonio desde Israel, donde vive hace siete meses. "Jamás me pude acomodar a lo que me imaginé que tenía que hacer. Llegar, estar en el merkaz (centro de absorción) dos meses, estudiar y después salir a la vida aquí. Nada de eso ocurrió. El hecho de estar dos meses hace que uno ya esté obligado a pensar en buscar otro lugar para vivir pronto. La falta de dinero, el subsidio que no alcanza para nada, desde que llegué las cosas no paran de aumentar –cuenta desesperado–. Todos los trabajos son pagados por hora y a veces uno llega a trabajar unas 8 horas por semana o directamente nada, se recortan presupuestos constantemente, se juega con los olim (inmigrantes) todo el tiempo. En mi trabajo como seguridad en fútbol (tengo tres trabajos y no llego a completar un sueldo mínimo) me llamaron para un partido y faltando horas me dijeron que no vaya porque no había presupuesto... Al igual que todos, vine con proyectos, con ganas y descubro que es igual y aun peor que la Argentina; eso sí: todos comen aquí, pero ya hay gente pidiendo en la calle, yo lo veo, tomé fotos. Yo vine a buscar un lugar y estoy afuera, yo no quiero más subsidios, cacerolas, frazadas, asistentes, psicólogos, charlas de trabajo, Sojnut (Agencia Judía) y todo eso, quiero trabajar dignamente de lo que sea, ¿es mucho pedir?"

Adriana Katz, coordinadora del departamento de Aliá de la Agencia Judía, reconoce que "Israel no está fácil, es verdad". Pero asegura que el éxito o el fracaso de la inserción en Israel depende de cada una de las personas. "Lo que hace que las personas se inserten mejor o peor a una sociedad depende de muchas cosas, de la entereza personal, de la profesión, de su situación física, anímica... Hay personas que se van, pero nunca terminan de irse, siempre están enganchados al mate y al asado."

Katz explica que, al ser un país de inmigrantes, Israel tiene una infraestructura adecuada para recibirlos: hay hoteles donde reciben a los inmigrantes por 2 meses o 6, si tienen que hacer una reconversión de su título. "Ahí estudian hebreo y tienen la posibilidad de armarse un pequeño comienzo, estar contenidos; tenemos talleres para inmigrantes, hay trabajo con la gente para ayudarlos a empezar el camino de forma más correcta y menos traumatizante de lo que de por sí es un proceso de inmigración", cuenta.

En ese proceso inmigratorio, el papel de la mujer es muy fuerte, cuenta Katz. "Vemos que muchas mujeres que acá son amas de casa tienen habilidades que las usan allá incluso para llevar a la familia adelante porque el hombre que tenía su negocio, su empresa, su profesión, se desmoronó y moralmente es tal el deterioro que no puede rearmarse para salir adelante. Y ahí la mujer toma las riendas y cocina, limpia oficinas, cuida chicos. Allá es muy común trabajar de limpieza, se gana muy bien. Yo como estudiante trabajaba limpiando escaleras de edificios porque no hay porteros. Se hace de todo, hay que entender que en un proceso migratorio la escala de valores cambia. Y cosas que no harías en tu país, las hacés en otro país porque son otros los códigos, porque no te queda otra, porque se te van todos los escrúpulos", comenta.

> "La mujer toma las riendas y cocina, limpia oficinas, cuida chicos. Allá es muy común trabajar de limpieza, se gana muy bien. En un proceso migratorio la escala de valores cambia."

La historia de Laura y Jorge a fines de febrero se empezará a escribir en Israel. Él es electricista, pero como ya no tenía trabajo probó poniendo un *delivery*, que el primer semestre del 2002 terminó de llevarlo a la ruina. Ella es psicóloga y ve que su consultorio no tiene larga vida. "Veo que la situación de los profesionales independientes es trabajar para las prepagas, es el gran negocio de la salud. Y si uno no está ahí, el consultorio privado desapareció, con lo cual tiene que trabajar por cinco pesos la sesión en una prepaga", dice Laura.

Hace un año y medio, cuando la situación venía de mal en peor, empezaron a averiguar sobre ese destino que su religión les tenía reservado desde siempre. "Empezamos a elaborar este proyecto, con *e-mails* con amigos, viendo las posibilidades que teníamos allá. Incluso en la movida de diciembre del 2001 nos decían que nos vayamos inmediatamente porque ellos veían a la Argentina como nosotros vemos a Israel, llegan las noticias de situaciones extremas, como los bombazos, los suicidios, pero la vida allá es con gente alegre, con gente con proyectos...", dice Jorge.

Paradójicamente, su proyecto de vida los lleva hacia un país en guerra. ¿Hacia la muerte? Jorge está convencido de que no: "La palabra guerra asusta, pero acá yo era una persona que circulaba a la noche con mi reloj, con dinero en mi bolsillo, sin ningún problema. Hoy, cuando salgo, me saco el reloj, había dejado de llevar plata, pero después se transformó en riesgoso estar sin plata". "Yo me jugué por mi país, en los '70 estuve en la militancia dura... Pero de un Estado que me ha desprotegido totalmente, con gran dolor, me tengo que ir. Allá me voy a un país de derecha, pero es democrático a pesar de todo", dice Laura.

Jorge deja a sus dos hijas, que tuvo en otro matrimonio, y a un nieto. "A ellas les duele mucho que me vaya, pero como pinta la cosa voy a ser una carga para ellos. Mis hijas también tienen problemas y de alguna manera tienen en la mente la posibilidad de irse... Así que por ahí me quedo por ellos y después ellos se van", dice Jorge. Laura se lleva a su hijo mayor y la menor, de 18 años, se quedará con su padre en la Argentina hasta que decida qué hacer.

El punto de arribo será la ciudad de Ashdot. Durante seis meses estudiarán hebreo y Jorge hará la reconversión laboral, como los miles de argentinos que van llegando. ¿Después? Tal vez nunca mejor dicho: Dios dirá.



Tienen disco, video, tema de promoción y hasta club de fans. Todo lo que distingue a una banda musical. Pero en realidad son una fórmula: dos adolescentes rusas en estado de ebullición + juegos lésbicos + productor perverso = T.A.T.U, el grupo pop más polémico y exitoso.

POR MARIANA ENRIQUEZ

La maquinaria de la industria musical ya no sabe cómo abastecer la voracidad de las adolescentes, sus consumidoras favoritas, y está llegando a su límite, exhausta. Sin embargo, siempre aparece un nuevo Dr. Frankenstein con alguna idea nueva entre ingeniosa y pavorosa. Y allí está T.A.T.U para demostrarlo. Quienes hayan estado atentos las habrán visto en MTV. Los desatentos también, probablemente: el video de "All the Things She Said" está en rotación constante, en los primeros puestos de diversos rankings. No es para menos. Se trata de un magistral ejercicio publicitario donde dos adolescentes vestidas de colegialas se besan bajo la lluvia, detrás de un alambrado, observadas por espectadores impasibles. Tan tramposo es el video que, la primera vez, el espectador realmente las *ve* besándose apasionadamente, pero en las sucesivas repeticiones revelan que las chicas sí, se besan, pero con cierto recato, apenas apoyando los labios de una sobre otra, y que en realidad se la pasan rozándose las mejillas, tomadas de la mano y muy húmedas (por el diluvio que les cae encima). La canción, un euro-pop extremadamente pegadizo, cuenta con el canto de las chicas que tienen voces de personaje de animé japonés, chillonas, entre insoportables e irresistibles. El astuto video aparece dirigido por un tal Iván Shapovalov: es el manager, un psicoanalista ruso con características de satánico Dr. No. Las chicas son moscovitas, y T.A.T.U es un juego de palabras ruso que significa "chica gusta de chica" o algo por el estilo.

La historia comienza en noviembre del 2001, cuando MTV Rusia se atrevió a poner en el aire otro video muy similar, de la canción "I've lost my Mind" donde las jovencitas también se besaban y hablaban de amor. Un segundo video (y su correspondiente single) batió todos los récords rusos y dejó atrás de T.A.T.U a nombres como Jennifer Lopez, Backstreet Boys y Eminem. No tuvo que pasar mucho tiempo hasta que Universal EE.UU. decidió ficharlas. A esa altura, no había grupo en Europa del Este que pudiera superar en popularidad a T.A.T.U.

La estrategia de marketing diseñada por Shapovalov es tan fascinante y aterradora como lo sería presenciar el momento en que el rayo da vida al monstruo en el laboratorio de Frankenstein. Por Internet circula el supuesto contrato que las chicas (Lena Katina, pelirroja, nacida en 1984 y Yulia Volkova, morocha, nacida en 1985) firmaron con Mr. Shapovalov. Dice: "Admitimos que, siendo menores de edad, hemos sido persuadidas de formar una banda femenina llamada T.A.T.U. Hasta donde sabemos, nuestro productor el señor Shapovalov no tenía nada que ver con la industria de la música antes de formar la banda. Solía producir comerciales para TV y trabajaba en todo tipo de actividades publicitarias. Nosotras cantábamos juntas en una banda infantil llamada *Neposedi* de la que yo, Yulia Volkova, fui expulsada por mal comportamiento. Volvimos a encontrarnos en la audición de los estudios MOSFILM donde Iván Shapovalov buscaba chicas para su nueva banda. Nos eligió y nos pusimos contentas porque prometió hacernos grandes estrellas. Firmamos contratos en los que se nos prohíbe hablar. Podíamos hacer sólo lo que él nos decía. Por ejemplo, para el video de 'I've Lost My Mind', yo, Lena Katina, tuve que perder diez kilos y yo, Yulia Volkova, tuve que cortarme el pelo y teñirlo de negro. Y para el siguiente video Shapovalov nos hizo depilarnos las cejas. Sin embargo debemos admitir que firmamos el contrato por propia voluntad. Siempre quisimos cantar juntas y nuestro sueño se hizo realidad. Durante el año pasado nos unimos mucho, y ahora sentimos que entre nosotras hay algo más que una amistad".

Tanta ingenuidad y sumisión mezclada con tontería y ambigüedad puede ser cualquier cosa, menos real. El secreto de T.A.T.U es que borra cualquier espontaneidad y se admite como un producto de laboratorio, que se vende bajo el rótulo de adolescentes lesbianas rusas de voz aflautada y estribillos edulcorados. Aquí no hay pretensiones de autenticidad ni legitimidad. Musicalmente recuerdan tanto a Ky-

chica

Debemos admitir que firmamos el contrato por propia voluntad. Siempre quisimos cantar juntas y nuestro sueño se hizo realidad. Durante el año pasado nos unimos mucho, y ahora sentimos que entre nosotras hay algo más que una amistad.

lie Minogue como a Shampoo, el disco *200 km an Hour On the Wrong Lane* (*200 Km por hora a contramano*), el primero para Occidente con letras en inglés que acaba de editarse, fue producido por el talentoso Trevor Horn (Frankie Goes to Hollywood) y allí ofrecen un cover azucarado de "How soon is now" de The Smiths, para que el guiño gay sea decididamente obvio. Está bien hecho. Las letras son convencionales y pueden referirse tanto al amor lésbico como a angustia u amor teen en general ("Todo lo que ella dijo/ está en mi cabeza/ Estoy en problemas, me siento perdida/ Si pido ayuda es porque estar a tu lado me abrió los ojos/ Cuando los cierro no puedo hacer desaparecer tu imagen/ Sueño con un lugar donde estemos solas y podamos ser libres/ Estoy confundida, me siento arrinconada y nerviosa/ Dicen que es mi culpa pero la deseo tanto/ Quiero llevarla donde el sol y la lluvia limpien mi vergüenza/ Cuando nos miran no me importa/ porque siento por ella lo que ella siente por mí"). Pero la música es lo menos importante: T.A.T.U es un invento raro por donde se lo mire, y la música es una excusa para verlo en acción.

Además, el dúo tiene aditamentos escandalosos que aseguran voces airadas, o perplejas. No sólo hace correr un frío por la espalda la idea de un psicólogo/publicista como titiritero de dos adolescentes mudas a las que hace afeitar y adelgazar cuando lo desea, sino que explotar con tanta ligereza el tema lésbico es casi una ofensa para la inmensa cantidad de artistas lesbianas que se acercan al tema desde la política de género, con conciencia, militancia y sinceridad. El crítico Ben Rayner escribía: "No soy ningún puritano, y no me perturba en lo más mínimo la sexualidad que se exhibe en los videos con intenciones publicitarias: eso siempre tuvo un rol importante en el marketing musical. Y si las jóvenes T.A.T.U son realmente adolescentes lesbianas, su deseo de hacer pública su homosexualidad puede ser una fuente de inspiración para otras muchas jóvenes lesbianas. Pero si son un caramelo visual para hombres que sueñan con un mundo donde las mujeres siempre están en ropa interior y se ríen revolcadas sobre el piso, entonces el mercado del pop ha tocado un nuevo fondo. Como sea, lo cierto es que T.A.T.U es el sueño dorado de cualquier ejecutivo de discográfica".

Para completar el paquete, el misterioso Shapovalov le dijo a la revista *Blender* este año que su mayor ambición era formar un grupo pop que expusiera y explotara el tema del "sexo en menores de edad". La referencia seguramente apela a Nabokov, y las chicas están lejos de ser nínfulas, pero Shapovalov no puede ignorar las connotaciones de esa declaración ni que, al menos en el terreno del mito, Rusia es una de las mecas de la pornografía adolescente. Sabe que decir eso sólo puede convulsionar al mercado de EE.UU., el más grande, el más puritano, el que siempre se toma las cosas en serio, el más ansioso de escándalo. Sin una pizca de inocencia, la usina de rumores de T.A.T.U ofrece datos sin posibilidad de chequear veracidad casi a diario. La verdadera naturaleza de la relación de las chicas se desconoce. A esta altura, ellas han roto apenas el supuesto pacto de silencio y hablan, muy de vez en cuando, del amor que las une. ¿Pero cómo es posible creerles con el andamiaje publicitario que las precede? Las versiones sobre la vida privada de las jóvenes son tan numerosas como contradictorias y satisfacen a todos los públicos. Las más firmes sostienen que a) van a casarse en Holanda, y la ceremonia será acuática (en una pileta de natación); b) les gustan los chicos; c) les gustan los hombres cincuentones; d) están saliendo con dos integrantes del grupo pop ruso Smash!, Vlad y Sergei, de 16 años. También se dice que Elton John quiere adoptarlas, porque hace tiempo que siente el deseo de tener hijas, y que les mandó cartas de solicitud a las familias de las chicas ofreciendo cien millones de dólares por cabeza. La letanía sigue. El diario *Pravda* pudo entrevistar a Shapovalov y obtener algunos datos biográficos. Graduado en psicología en 1988, se especializó en publicidad, e incursionó en política. La idea del grupo se le ocurrió durante la enésima crisis económica rusa de 1998. Poco más se pudo averiguar. Shapovalov confesó que las chicas eran sus amantes (las dos), pero lo hizo entre risas que hacían las veces de desmentida. Resignado, *Pravda* concluyó: "En el duro negocio del entretenimiento, todos pelean por atención con las armas que pueden. Obviamente, T.A.T.U pelea con el escándalo y la información restringida, no con el talento o las canciones. Shapovalov mantiene todo bajo control".

Si se lo piensa bien, la llegada de T.A.T.U es un paso lógico. El filón Britney Spears/Christina Aguilera está agotado, y ahora es el turno de la fantasía sáfica de dos lolitas de Moscú cantando sobre angustia existencial y cuánto se gustan en un cuasi chillido acompañado por potentes beats bailables. ¿Puede desvanecerse en el aire como una pompa de jabón? Claro que sí. Pero antes de subestimarlas, hay que saber que el año pasado la edición rusa del disco *200 km/h in the Wrong Lane* vendió 500 mil copias legales y 2 millones ilegales –así se miden las ventas en la ex URSS, la meca de los cds piratas–, ya llegaron al número 1 en los charts de toda Europa occidental, al puesto 7 de Billboard, y basta sintonizar MTV para ver lo que está pasando en Latinoamérica: el fin de semana pasado estaban en el puesto 2. De seguir la tendencia, correrán ríos de controversia, sociólogos y periodistas se devanarán los sesos durante por lo menos lo que queda del año tratando de dilucidar si se trata de un paso adelante en la lucha por la tolerancia y la integración o pura y simple explotación, y Shapovalov sonreirá mientras triunfa en su propia guerra fría.

TALK SHOW POR MOIRA SOTO



bananas

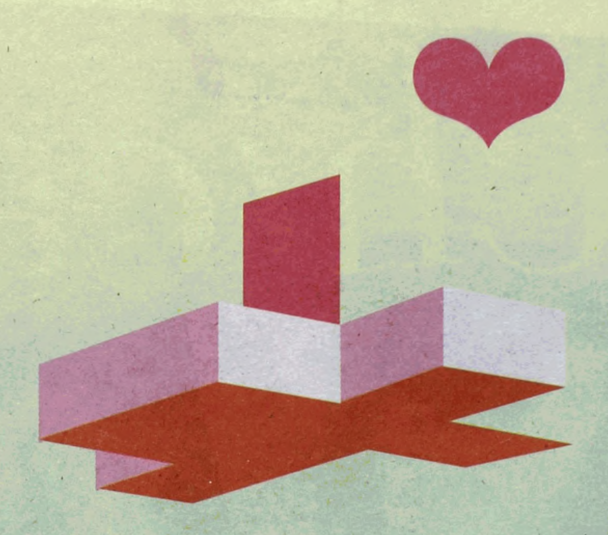
Subproducto degradado de aquel programa llamado "Los machos", este "Tercer tiempo" que todavía –hay rumores de levantamiento por escasez de rating– se emite por Canal 13 los lunes a las 23, es casi un denuesto al género masculino, al menos a ciertos representantes que se presumen arquetípicos. A saber: médico fané con anecdotario misógino, señor maduro "sibarita de mujeres", verdulero chillón y desmañado, joven de cabeza anticuada, y cura "moderno", consejero espiritual y sentimental (los tres primeros, separados y con serios problemas con las mujeres; los otros dos, solteros y con problemas afines...).

Esta reunión de varones en un único escenario –el living-cocina de Alberto Martín, gourmet que pasa chivos de vinos con slogan y todo– sólo podía salvarse del tedio y del estancamiento mediante un buen libreto que incluyera un diseño de personajes verosímiles –con algún espesor, mínima complejidad– que se fueran revelando a través de diálogos, confesiones, debates que a su vez generasen una tensión narrativa, una progresión en alguna dirección. No es lo que sucede ni remotamente en "Tercer tiempo", espacio del vale todo errático, donde nadie termina de formular una idea y se suceden las anécdotas inconducentes –reales, inventadas– narradas por los personajes. Más que hablar de misoginia –que la hay, la hay– correspondería aquí advertir la denigración del género masculino a través de estereotipos caracterizados –según los casos– por su fatuidad, memez, pedantería, cuadradez mental. Un muestrario patético que debería quizás provocar las protestas de alguna asociación defensora de la dignidad varonil...

En la última edición de "Tercer tiempo", el quinteto de marras –con Daniel Aráoz más estentóreo que nunca porque su mujer lo echó y ahora convive con Martín– recibe la visita fugaz (como es usual desde que el programa empezó el mes pasado) de una mujer. En la ocasión, Esther Goris, vestida para impactar (vincha sobre la frente con lazo cayendo al costado estilo 1920; traje etéreo con profundísimo escote anterior y posterior), que trae un postrecito casero para su vecino Martín (adecuado pretexto para que en su ausencia se hagan chistes onda "hay que entrarle al budín", etcétera). Ella es astróloga y tarotista, lo que viene al pelo para que el cura Gerardo Romano hable de supercherías, y alguno le insinúe a la visitante "¿Por qué no se la tirás al padre?". Goris, aprovechando el lugarcito que se le concede en la pantalla, si bien apela demasiadas veces a la palabra "caramba", hay que reconocer que pronuncia una de las líneas más sustanciosas de la velada para retrucar la desconfianza del cura: "Tranquilo, padre, acuérdese de que la Inquisición terminó con todas mis antecesoras, y ya no quedan brujas en este mundo".

Como se trata de tipos tirando a bananas, hay bromas con frutas y verduras (pepinos, uvas, quinotos..., bananas), y no faltan las referidas a cuernos, travestis, la bombachita que la hermana del joven Matías Santoianni cuelga en el baño... En fin, casi todo lo que una mentalidad sexista y apolillada puede creer que representan deseos y fantasías de varones para los cuales, obviamente, la mujer es el enemigo, el chivo expiatorio de todos sus males, de la que sólo cabe obtener placer sexual. Por cierto, en el cierre, cuando la astróloga está tratando de serenar al chillón con una mano sobre su frente y la otra apoyada en su espalda, ¿quién irrumpe a los alaridos para saber dónde está su marido? La esposa que lo había echado de la casa –aparentemente con mil motivos– y que ahora, hecha un basilisco al verlo cerca de Goris, agarra al –esta vez– inocente a frenéticos carterazos.

EMANCIPAD@S (LAS ENTREVISTITAS DEL VERANO)



cazador sensible

POR MARU BOMBÓN

Dice DJ Baywatch que él sólo es un hombre aprendiendo a amar. En el entrenamiento que ya le ha tomado treinta años –durante el primero, el amor con su madre no tuvo contradicciones–, quiso ser el hombre ideal para complacer a la chica ideal: bella, anoréxica, alta y con el pelo perfectamente planchado. Sufrió mucho en el intento, incluyendo horas extra para satisfacer sus caprichos consumistas, aunque jamás pudo convencerla de que no usaba esa camisa glam para conquistar otras chicas. Pero en su versión 2003, Baywatch es un hombre emancipado: ya no más escenas de celos ni fiestas de aniversario en casa de los padres de ella.

–Desde que me separé, me salió el artista de adentro. La crisis económica acabó con el menemista que era. Ahora, todas las chicas con las que salgo tienen que ser sensibles. No al shopping, sí al arte.

–¿Ya no buscás modelos?

–Desgraciadamente todavía mantengo el formato.

–¿Volviste a formar una pareja?

–Una no, no pude. Formé varias.

–¿Ellas saben que son un combo?

–Yo les digo que soy un espíritu libre y que no estoy en condiciones de hacer promesas. Soy de esos hombres que creen que el noviazgo murió.

–¿No temés herir la sensibilidad de estas chicas que ahora te gustan?

–No, porque en cuanto queda en claro que no puedo ser el novio, se abre un universo más nutritivo (N. de la R.: ¿?). Aunque sí hay una que es la "oficial".

–¿Dónde conocés a tus amantes?

–Son amigas, no amantes. Las conozco en lugares públicos, pero ya no miro superchicas, elijo esas que están en jeans y zapatillas, las que están solas, en la suya. Soy un cazador sensible.

–¿Qué crees que produjo ese cambio tan importante en tu vida?

–Hice terapia. Y dejé aflorar mi costado femenino.

DJ Baywatch deleitará con su set "Soltero" en la madrugada del sábado 22/02/03 (pincha entre la 1.30 y las 3), durante la Fiesta Rudamacho. Listas:rubensunday@excite.com